

La expedición belga al Imperio de Maximiliano

Ángela Moyano*

Introducción

Con intención de conocer en qué consistió la expedición belga al Imperio de Maximiliano y Carlota, se investigó en el archivo y biblioteca del Museo Real de la Armada Belga lo que pareció ser de mayor relevancia para explicar ese acontecimiento acerca del cual hay escasa mención en la historiografía mexicana. Los numerosos diarios, en francés, de oficiales y soldados belgas proporcionan a los mexicanos los detalles de la hasta ahora desconocida expedición. De los regimientos austríacos, enviados por el emperador Francisco José a respaldar a su hermano, hay también un sinnúmero de diarios y memorias, en alemán, y sólo algunos de ellos han sido incorporados a la historiografía mexicana de la época. Los otros dos cuerpos expedicionarios extranjeros fueron la Legión Extranjera y un grupo de egipcios mandados a apoyar la causa de Napoleón III en México.

El siguiente relato ha sido tomado de las memorias que nos han parecido más completas de entre el acervo publicado en Bruselas unos cuantos años después de la caída del Segundo Imperio, siempre con la idea de dar a conocer un episodio desconocido de nuestra historia nacional. El hecho de que el regimiento belga haya permanecido

en nuestro país de diciembre de 1864 a enero de 1867, el que haya vivido en México, Morelia, Pátzcuaro, Monterrey, Tula y Tulancingo, el que haya luchado en Tacámbaro, La Loma, Charco Redondo e Ixmiquilpan, reclama su inclusión en la historiografía mexicana de la época. El presente artículo es sólo un intento por dar a conocer la llamada "expedición belga" y la existencia, en el acervo de la Biblioteca Bernardo Quintana de la Universidad Autónoma de Querétaro, de una docena de diarios, documentos y memorias de oficiales de la época.

Antecedentes

Según los periódicos belgas de la época, fue el rey Leopoldo I de Bélgica quien pidió la formación de un cuerpo de granaderos y de artilleros para que acompañara en 1864 a su hija la princesa Carlota a México, a lo que se llamó en Europa el Imperio de Maximiliano. El Parlamento belga no mostró igual entusiasmo, pues desde el inicio de su vida independiente, apenas tres décadas antes, había decidido que uno de sus principios rectores sería la neutralidad. Sin embargo, la noticia se publicó en los periódicos pidiendo dos mil hombres para una expedición que iría a México a custodiar a la princesa belga. Unos 1,600 se alistaron en el regimiento llamado de la "Emperatriz Carlota" o la "Legión Belga Mexicana".

* Universidad Autónoma de Querétaro.

A los miembros del ejército belga que se enlistaran se les ofreció que recibirían un grado inmediatamente superior al que ostentaban y que se les contarían sus años de servicio para determinar su pensión. A cambio de un servicio por seis años tendrían un año de vacaciones sin sueldo. Además, aquellos que al terminarlo quisieran regresar a Bélgica serían repatriados y obtendrían una indemnización. A los voluntarios civiles se les contrató por un sueldo de 60 a 100 francos y se les ofreció un grado militar. Al finalizar sus seis años de servicio tendrían regreso gratuito y recibirían una suma de dinero de acuerdo con el grado militar que hubieran obtenido. Los que quisieran quedarse en México recibirían donaciones de tierra, ya fueran oficiales o soldados.¹ Todos seguirían siendo pagados por el ejército belga hasta que se embarcaran, y de ahí en adelante sería el gobierno imperial mexicano quien se encargaría de sus sueldos según el costo de la vida. Los oficiales recibirían un caballo y un primer sueldo de 500 a 1000 francos. Sin embargo, a ellos, los oficiales del ejército belga, sólo se les otorgó el permiso de prestar dos años de servicio en México, lo que ocasionaría, como veremos, que al llegar la fecha dejaran sus batallones antes de que éstos recibieran la orden de regresar a Bélgica.

Se decidió que los soldados y oficiales se repartirían en dos batallones de granaderos y artilleros con seis compañías cada uno. El estado mayor comprendería un teniente coronel, como comandante en jefe, un mayor que haría las funciones de teniente coronel, un capitán asistente del mayor, un teniente que portara la bandera, un médico y un capellán.

El primer ministro de Bélgica, barón Henri Chozal, tenía la esperanza de que los batallones belgas ayudarían en México a establecer buenas relaciones comerciales con su país. Por lo tanto, aceptó gustosamente, el 15 de marzo de 1864, el discutir con Maximiliano la organización de una legión. Para dirigirla, Chozal sugirió el nombramiento del capitán de granaderos Alfred Van der Smissen.²

Cabe preguntarse la razón por la que querían venir a México: según sus diarios y memorias, muchos civiles fue por no tener nada que hacer

en ese momento, los soldados y oficiales por ascender en el ejército, otros porque creían que se harían ricos, y los menos, como dijo el capitán Eugène Tydgadt, "para sostener la dinastía y porque estamos persuadidos de que ella llevará a México las ideas de progreso que tanto enorgullecen a los belgas".³ Era la época del sentimiento europeo, "de la carga del hombre blanco", como bien expresó el poeta inglés Rudyard Kipling, o sea de la responsabilidad de Europa hacia las naciones "menos favorecidas" a las que había que enseñar cómo vivir. De ahí que el teniente Eugène Dosogne dejara escrito: "vamos a llevar nuestro óbolo para la regeneración de México".⁴

Salida de la expedición

El primer grupo de 600 voluntarios constó de 40 oficiales del ejército belga y 560 jóvenes civiles que nunca antes habían luchado en un ejército. El lugar de concentración de la llamada "legión mexicana" o "regimiento de la emperatriz Carlota" fue la pequeña villa de Audenarde al norte de Bélgica, entre Bruselas y Gante. Muchos años después los habitantes se acordarían del espléndido uniforme del destacamento y de la rigidez de su comandante el teniente coronel barón Alfred Van der Smissen.⁵

Todas la memorias de los oficiales, publicadas unos cuantos años después, y que no han sido traducidas, concuerdan en que la formación de los voluntarios civiles fue incompleta y demasiado rápida, con el resultado de que pocos de ellos aprendieron a ser soldados. No obstante, se organizaron las ceremonias de rigor, descritas por varios contemporáneos, y al son de marchas militares los primeros 600 se dirigieron a la estación de ferrocarril en donde varios furgones los llevaron al puerto de Saint Nazaire. Portaban una bandera belga que llevaba al centro las armas de México, tal como se las había enviado el emperador Maximiliano.⁶

Zarparon el 16 de octubre de 1864 en el vapor francés *Luisiana*, que los llevó a Veracruz. Existen varios artículos y muchos diarios que describen su nada cómoda travesía. Varios de los militares describieron en las cartas a sus familias

hasta los menores detalles del viaje, por lo que sabemos que fueron atacados por corsarios, que varios de los expedicionarios murieron de tifo, que todos sufrieron robos en la Martinica y mil detalles más. Los jóvenes belgas resultaron ser buenos observadores interesados en la cultura del país que visitaban.

La situación del país a la llegada de los belgas

Al principiar el año de 1864 la intervención francesa había ocupado una parte considerable del interior de la república: Querétaro, Morelia, Guanajuato, León, Aguascalientes, Guadalajara, San Luis Potosí, Zacatecas y por supuesto la capital. En mayo llegaron los emperadores y, en julio, se tomó la primera ciudad del norte. Durante el resto del año 1864 los franceses lograron la ocupación del noreste de México: Durango el 4 de julio, Monterrey el 26 de agosto y Matamoros el 26 de septiembre. Dado el tamaño del país, las tropas francesas, de 30,000 hombres, más las tropas de los mexicanos imperialistas, se encontraban en constante movimiento para reprimir los repetidos brotes de insurrección republicana bajo el gobierno de Benito Juárez. Al concluir el año, la situación para el Imperio había logrado el éxito de agregar los puertos de Mazatlán y Acapulco. Por lo tanto, dada la gran necesidad de soldados, los franceses recibieron con gusto a los belgas. Todos conocían el plan del ministro de guerra francés consistente en ir sustituyendo a sus soldados por lo que se esperaba sería el ejército imperial de Maximiliano.

Justo a la llegada de los belgas, el batallón francés al mando del general Courtois d'Hurbal daba inicio al sitio de Oaxaca. Benito Juárez y su gobierno, ante la toma de las ciudades norteañas, habían cambiado su residencia a la frontera en lo que es ahora Ciudad Juárez.

Después de un viaje marítimo de 28 días, el batallón belga llegó al puerto de Veracruz en noviembre de 1864. Ahí se dio a conocer a los soldados el reglamento para el cuidado de su salud, documento traducido del italiano de la obra del doctor Mantegazza titulada *Lettere mediche sull*

America meridionale con medidas higiénicas que el insigne médico consideraba necesarias para poder sobrevivir en la llamada América tropical. El editor lo prologó así: "En el momento que un buen número de compatriotas van a dejar su tierra para ir a servir a la hija predilecta de nuestro rey creemos ser de utilidad el publicar esta pequeña obra destinada a los belgas que irán a México." Los 57 aforismos se titulan *Code d'hygiene du corps belge mexicain*, pues según el editor: "el único medio eficaz para que los europeos escapen de las epidemias mortales que les esperan a su desembarco en los países cálidos es el de observar ciertas precauciones de higiene, sencillas pero indispensables". Como ejemplo de esos "sabios" consejos, que porque han probado no tener sustento médico son de cualquier manera curiosos, citaremos algunos:

El abuso de la fuerza nerviosa siempre es malo, pero sobre todo en los climas tropicales... En esas regiones se debe evitar los combates de amor físico, los esfuerzos musculares, los abusos de la voz... El '*dolce far niente*' (no hacer nada) es una paradoja en los países fríos, una falta en la zona templada pero un precepto higiénico en los trópicos... la siesta del mediodía es un hábito eminentemente favorable para la salud... No obstante, el abuso del sueño ofrece en esos países, más que en otros, el inconveniente de renovar de manera demasiado lenta la masa sanguínea, lo que tiene como resultado que el cerebro piense mal y piense poco...⁷

Nos preguntamos si algún oficial o soldado belga habrá observado la mayoría de los consejos del llamado código de higiene. Sin embargo, resulta interesante leer lo que los europeos pensaban de nuestras tierras.

Los 600 primeros voluntarios bajo las órdenes del coronel Van der Smissen supieron de una batalla en la que habían intervenido algunos belgas de la Legión Extranjera. El 30 de abril de 1863 habían luchado en un pueblo llamado Camarón (ahora de Tejada) contra un batallón de

republicanos que los habían vencido y hecho prisioneros a muchos de ellos. Lo acontecido proporcionó a varios de los oficiales belgas un momento de reflexión: ¿por qué no se les había dicho que los republicanos eran soldados muy mediocres? ¿cómo entonces habían logrado vencer a la Legión Extranjera, célebre por ser un grupo de buenos combatientes?

En su camino del puerto a la ciudad de México algunos de los soldados belgas dejaron escrita su convicción de que no habían llegado a otro continente isino a otro planeta! “por la pestilencia de las calles, las bandas de zopilotes... y las casas grises con azoteas planas”. Escribieron que habían podido sobrevivir gracias al general Achille Bazaine, quien ordenó se les tratara como a un batallón francés y “todos comprendieron que se habían alimentado de ilusiones” al creer que iban a un país paradisíaco lleno de árboles frutales e indígenas hospitalarios.⁸

En la ciudad de Puebla, las autoridades francesas y sus compatriotas de la Legión Extranjera les ofrecieron una gran recepción, lo que al parecer les hizo olvidar el trayecto veracruzano. A las afueras de la ciudad de México la bienvenida estuvo a cargo de los belgas que por negocios residían en esa ciudad; les ofrecieron un almuerzo con champaña para los oficiales y vino para los soldados. Al decir de un oficial: “tuvo lugar un banquete en el que fraternizaron los belgas de México y los mexicanos de Bélgica”.⁹ A su llegada a la capital del país, el 10 de diciembre de 1864, sus majestades en persona salieron a recibirlos. En el Palacio de Minería los franceses, en México desde 1862, les ofrecieron una fiesta,¹⁰ lo mismo que sus majestades imperiales al día siguiente. Se suponía que entre ellos y los seis mil austríacos reemplazarían a la brigada francesa de Douay.¹¹

Ni qué decir que las cartas que mandaban a Bélgica fueron de tono desilusionado: no habían encontrado en México ninguna de las pequeñas comodidades a que estaban acostumbrados. Por ejemplo, en las casas en las que tenían que vivir no había ni colchones ni mobiliario, eran inmensos galerones de techos altos y llenas de mosquitos. Esas cartas fueron la razón por la que en la cámara de diputados Belga se atacó la política

del Primer Ministro en cuanto al envío de los regimientos.

El primer destacamento

El primer destacamento en llegar a México, compuesto de 600 hombres a las órdenes del coronel Van der Smissen, fue destinado a relevar a las tropas francesas que hasta ese momento había dedicado el general Achille Bazaine a resguardar la residencia imperial del castillo de Chapultepec y los fuertes en Molino del Rey y Tacubaya. Según el capitán François Timmerhans, uno más de los expedicionarios belgas que nos dejaron sus memorias, ahí se estaba en guardia continua, no sólo en espera de tropas republicanas sino de bandas guerrilleras que se aprovechaban del estado de guerra para robar y asaltar.¹²

Oficiales y soldados del primer destacamento se quejaban en cartas a sus familias, cuyo porte era además costoso, de la calidad de los alimentos, su precio, y de las enfermedades “raras” que se daban en el país. Muy pronto se oyó hablar en Bélgica acerca de los defectos achacados a los mexicanos: hipócritas, intrigantes y demás epítetos dignos de la leyenda negra. Pronto, como dos meses después, llegaron a Bruselas misivas de aquellos que solicitaban repatriarse. Sin embargo, también eran muchos, como el sargento (?) Widy, el capitán Modeste Loiseau, jefe del segundo regimiento, el legionario Nicolas Eugène Noirsain, el teniente Eugène Dosogne y otros, los que describían con entusiasmo las bellezas del país declarando no estar arrepentidos de estar en México. Una gran parte de los oficiales y soldados vivían emocionados de tener el privilegio de custodiar a su princesa Carlota y poder estar tan cerca de ella. “¡Nos ofrece diariamente una taza de chocolate y una tortilla tostada!”

La primera compañía de granaderos bajo el mando del capitán Jean Antoine Altwies relevó a la guardia francesa en el castillo de Chapultepec. La segunda compañía, a las órdenes del capitán Edouard Devaux, fue encargada de tomar el lugar de la guardia francesa de Molino del Rey. La primera y segunda compañías de artilleros

con los capitanes François Bocarmé y Frederic Delannoy reemplazaron a la guarnición francesa de Tacubaya donde también se instaló el estado mayor del regimiento. El capitán Jules Ernest Chazal fue nombrado comandante de plaza.

Pasadas algunas semanas el coronel Van der Smissen, ansioso de entrar en acción, hizo saber al emperador Maximiliano que aun cuando su regimiento consideraba un honor el proteger a la emperatriz, la tropa ansiaba poder enfrentarse al enemigo.¹³ No deja de ser curioso leer sus peticiones, ya que el regimiento había sido explícitamente formado para proteger a la emperatriz. Sin embargo, de los *Souvenirs...* escritos por el coronel se saca la conclusión de que él se alistó en el regimiento con la idea de subir de puesto en el ejército. Resulta, con todo, un tanto inverosímil que haya querido lanzarse a la cabeza de soldados que sabía impreparados, como lo registraron los diarios de varios de sus oficiales al comentar la preparación otorgada en las primeras barracas. Los únicos soldados de carrera eran los oficiales y de éstos quedaban ya menos de 40 pues algunos habían muerto de tifo durante la travesía. Entre ellos, sin embargo, estaban otros que también deseaban entrar en batalla por motivos no muy diversos, como sucedió con el capitán Jules Ernest Chazal, hijo pródigo del ministro de Guerra quien buscaba restituir su reputación. En fin, que todos ellos insistieron ante Maximiliano para que los pusiera a disposición del general francés que había quedado al mando de las tropas mientras Bazaine estaba en Oaxaca. Los soldados, aunque inexpertos, terminaron por contagiarse del entusiasmo de sus oficiales.

El 1 de enero de 1865 el regimiento a las órdenes de Van der Smissen recibió el permiso para dejar su trabajo de custodia de la emperatriz y entrar en campaña. Durante la toma de Oaxaca el ejército republicano había recuperado Monterrey y Saltillo. Muy en contra de los deseos de Van der Smissen, el emperador ordenó a los tres regimientos de voluntarios belgas dividirse en dos batallones, uno de granaderos, que recibió el título de Batallón de la Emperatriz al mando del capitán Altwies, y otro de artilleros al que se denominó Rey de los Belgas. Juntos formaron el Regimiento de la Emperatriz Carlota, cuyo co-

mandante general era el coronel Van der Smissen. Se suponía que con los batallones austríacos formarían el Cuerpo Imperial de Voluntarios Austro-belgas, lo que por cierto nunca se pudo llevar a cabo por motivos lingüísticos y rencillas personales. El general Bazaine les ofreció la custodia de Michoacán como oportunidad de distinguirse en la guerra contra los republicanos. El coronel francés conde de Potier le había escrito que la situación en Michoacán estaba controlada, por lo que sólo se necesitaba una pequeña fuerza para mantener a la provincia dentro del Imperio.¹⁴

El coronel Van der Smissen dejó escrito en su relato que salió de la ciudad de México el 6 de marzo de 1865 a la cabeza de diez compañías belgas, un escuadrón de dragones indígenas y dos obuses de campaña. Solamente dos compañías quedaron a la defensa del castillo de Chapultepec.¹⁵

El segundo destacamento, a las órdenes del capitán Modeste Loiseu, había zarpado el 16 de noviembre, justo un mes después del primer destacamento, pero llegó a tiempo para incorporársele. Con el fin de conocer la organización y el funcionamiento del segundo destacamento tenemos la memoria escrita por el capitán Loiseu, considerada por los historiadores belgas como la más completa. Esa segunda expedición constaba de 400 hombres, entre ellos 15 oficiales del ejército belga, un contador, un médico, 34 músicos y cuatro mujeres llamadas en francés *cantinières* porque se encargaban de la cocina del regimiento.¹⁶

El capitán Dosogne, del destacamento de Loiseu, nos relata en su historia de la expedición que en el camino del regimiento hacia Morelia su destacamento fue el enviado a hacerse cargo de Zitácuaro, que era un lugar donde se refugiaban los republicanos. El capitán a cargo ordenó se prendiera fuego a las aldeas de San Felipe y San Miguel, a las afueras de Zitácuaro, con la idea de amedrentar a los habitantes de la región supuestamente republicanos. Ahí se quedaron los capitanes Leon Visart y François Timmerhans con 250 hombres que se mantuvieron en constante vigilancia, temerosos de ser atacados de un momento a otro. La amenaza resultó ser una estratagema para mantenerlos en guardia mientras los republicanos habían decidido esperar en Ta-

cámbaro al destacamento belga que se envió a desalojarlos.¹⁷

Después de dejar a los encargados de Zitácuaro, el resto del regimiento belga entró en Morelia el 30 de marzo de 1865. Ahí se enteraron de los excesos cometidos por sus voluntarios en Zitácuaro, por lo que los oficiales expresaron su indignación. Los documentos de la época consignan que la ocupación de Zitácuaro por los belgas se llevó a cabo a base de represalias por demás excesivas y crueles. Entre ellas estuvo la quema del pueblo y de los alrededores, la destrucción de la iglesia, las chozas de los indígenas, en fin.¹⁸ Fue por ese motivo que el capitán Chazal escribió a su familia comentando acerca de la indisciplina que reinaba en el regimiento y la incapacidad del coronel Van der Smissen para hacerse obedecer. Pidió a su padre, el ministro de Guerra, que el emperador quitara del mando a Van der Smissen.

Eduardo Ruiz, contemporáneo de los hechos, escribió en 1892 que luchaba en el ejército republicano cuando llegaron los belgas a Morelia:

La legión belga llamada también Regimiento de la Emperatriz Carlota, fue enviada a Michoacán; parte tomó el camino de Zitácuaro y la otra avanzó hasta Morelia, a donde llegó el día primero de abril. Serían las once de la mañana cuando hizo su entrada, tambor batiente y flotando al viento la bandera. Los apuestos soldados llamaron la atención por su elevada estatura, su juventud, su gallardía y su marcial continente. No dejaba de ser parte de esta simpática expresión su uniforme, que consistía en pantalón corto y pelliza de paño azul, polainas blancas que subían hasta el extremo inferior del pantalón, y un sombrero de fieltro negro, de figura cónica, con un plumaje de vistosas plumas de gallo.¹⁹

En Morelia les esperaban las fuerzas francesas del general Potier, a las que se unieron. Se organizaron varias columnas, la segunda fue la belga comandada por Van der Smissen con 291 voluntarios de los cuatro regimientos de granaderos y 48 oficiales de caballería. La tercera co-

lumna fue encargada al coronel Tydgadt, con 251 artilleros y 38 de caballería. Ése fue el destacamento enviado por el general Potier a Tacámbaro, un pueblo de 2,000 habitantes a 22 leguas al sur de Morelia. El plan era empujar a los republicanos hacia la región llamada de "tierra caliente", donde los europeos pensaban que nadie podría subsistir.

En el camino, los belgas tomaron el pueblo de Acuitzio y esa noche se alojaron en el cementerio; para calentarse quemaron las cruces de madera. He aquí cómo lo relata el capitán: "Acampamos en el cementerio, y para hacer nuestras fogatas nos apoderamos de todas las cruces de madera que había en los sepulcros... Es demasiado iconoclasta el hecho pero la verdad es que sin tener en cuenta la devoción quemamos las cruces de las sepulturas de Acuitzio, a fin de proveernos en aquel lugar fúnebre de una agradable taza de café."²⁰ Es interesante agregar que Eduardo Ruiz describió su asombro ante la irrespetuosidad "no obstante que vinieron a México como defensores de la religión", y agrega: "Semejante conducta causó más de un desengaño."²¹ A los tres días prosiguieron su marcha hacia Tacámbaro, considerado un reducto republicano.

Tacámbaro

Fue en esa ciudad michoacana donde tuvo lugar la primera batalla que pelearon los belgas en tierra mexicana. El destacamento comandado por el coronel Charles Tydgadt llegó el 6 de abril y el alcalde les aseguró que 600 republicanos habían huido al tener noticias de su llegada. El coronel Tydgadt informó, días después, que él había entendido que las fuerzas de Potier llegarían en una hora al pueblo, por lo que la única misión de su columna era mantenerse a la defensiva mientras llegaban los franceses.

Según las reseñas de los oficiales belgas la defensa del pueblo resultó ser tarea difícil por tener un cerro atrás desde donde el enemigo podría atacar. Solamente encontraron un lugar seguro en la iglesia y su claustro donde se concentraron los soldados comandados por Tydgadt. En espera de las fuerzas de Potier los soldados se

preocuparon por consolidar su refugio. Eduardo Ruiz nos informa que levantaron un parapeto enfrente del atrio y aspillaron un muro de dos metros de altura. Como siempre pasa, los vencedores resaltan las buenas defensas de los vencidos y éstos a su vez consignan las dificultades para protegerse.

Fue entonces cuando sucedió algo por demás desagradable y que tendría resultados funestos. El doctor del regimiento belga se enteró de que la esposa del general Nicolás Régules, uno de los jefes más importantes del ejército republicano, vivía en las afueras del pueblo y sugirió al coronel Tydgadt tomar por rehén a la familia. El coronel cayó en la trampa y se presentó en la casa a llevar del brazo a Madame Régules a su encierro! El relato de Duchesne reporta que el pueblo entero, consternado, fue testigo de la aprehensión. Indudablemente ése fue el motivo del feroz ataque del propio Régules unas horas después. Eduardo Ruiz también lo menciona como el motivo de la rapidez del ataque a Tacámbaro. El vigía de los republicanos así lo reportó al general Régules: "Señor, le dijo, los belgas tienen presa a la señora y a los niños de usted; están dentro de las trincheras." Según Eduardo Ruiz la tropa pedía ir a otro pueblo para no poner en riesgo a la familia. La respuesta del general no se hizo esperar: "Señores a sus puestos; todos a cumplir con su deber ¡Primero es la patria!"²²

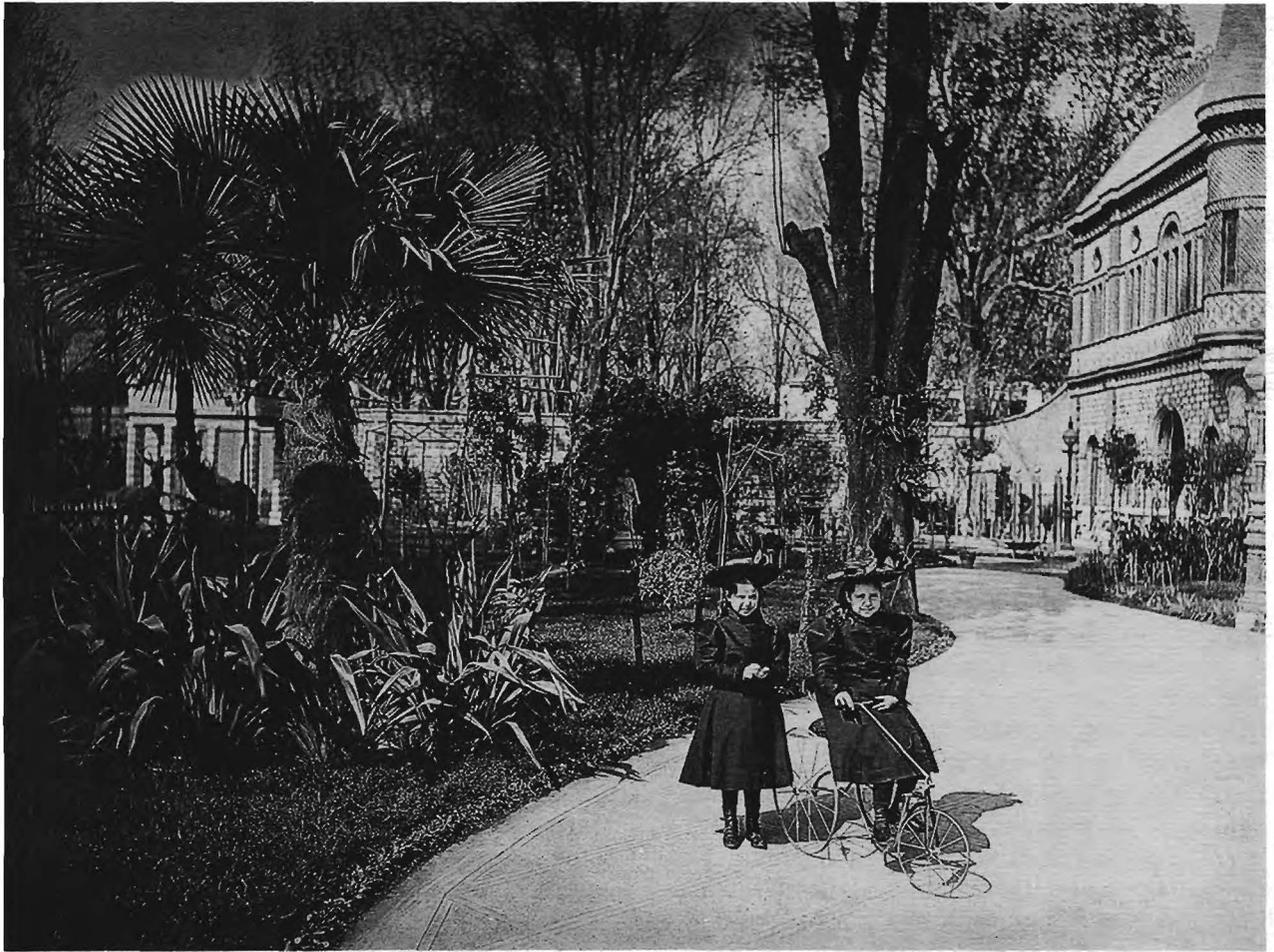
A las cinco de la mañana siguiente el batallón belga fue atacado por el ejército republicano, al que se unió el pueblo de Tacámbaro. La masa de gente, nos cuenta el capitán Loiseau, se lanzó sobre los soldados que se replegaron primero a las arcadas y después a la iglesia. Los republicanos llevaban varios cañones. Se luchó durante tres horas mientras más de tres mil republicanos llegaban al pueblo. Tydgadt y varios de sus oficiales recibieron heridas graves y muchos de los soldados murieron, según Ruiz, "magníficos y serenos ante el peligro". En el momento en que se desplomaba el techo ardiente de la iglesia, el coronel Tydgadt mandó sacar la bandera blanca. Eduardo Ruiz reportó que a pesar de la oferta de capitulación, la tropa republicana deseaba dar muerte a todos los belgas y a los mexicanos que luchaban de su lado. Nuevamente Ruiz añadió

un hecho heroico. Fue, según él, la esposa de Régules quien pidió la protección de los belgas!²³

El general Régules entró en el claustro y según las memorias de Loiseau y de Walton felicitó a Tydgadt por su defensa. Los belgas escribieron en sus cartas a Bruselas que con una fuerza de 250 voluntarios y una docena de oficiales habían combatido durante cinco horas contra 3,500 republicanos. Informaron que sus pérdidas habían consistido en la muerte de siete oficiales y 53 soldados.²⁴ Al resto de la tropa le fue perdonada la vida porque así lo había ofrecido el general Régules.

Es interesante leer que los oficiales republicanos aprovecharon para hacer saber a los belgas que no comprendían la razón de su presencia en México, ya que éste no estaba en guerra con Bélgica. A su respuesta de que habían sido comisionados para cuidar a la emperatriz, hija de su rey, los generales republicanos expresaron su asombro de que no estuvieran en Chapultepec sino en el campo de batalla.²⁵ He ahí el meollo del problema; de los escritos de los oficiales belgas se desprende que habían tomado el ofrecimiento de ir a México a cuidar a su princesa como mero pretexto para obtener rangos más altos en el ejército de su país, lo que era mucho más fácil en el campo de batalla que en tiempo de paz. En realidad la custodia de la emperatriz parece que no les interesaba mucho, o quizá pensaban que los dos destacamentos que habían dejado en Chapultepec eran suficientes para protegerla.

Los 200 prisioneros belgas, entre soldados y oficiales, fueron llevados a un pueblo en la frontera con el estado de Guerrero que se llamaba Huetamo, aunque algunos autores lo denominan Cueréndaro. Fue en ese pequeño pueblo donde dejaron a los soldados a la custodia de los habitantes. A los oficiales los condujeron a Santiago, una aldea cerca del río Balsas donde estuvieron prisioneros durante ocho meses. Varios de ellos dejaron sus memorias con las que informaron al pueblo belga de sus vicisitudes. En ellas leemos datos muy interesantes de la relación entre los belgas y los indígenas del lugar con los que tuvieron que fraternizar para poder sobrevivir. Dosogne, que tomó nota de los informes de los cautivos, nos cuenta que aunque al principio



fueron encarcelados y vilipendiados, con el correr de los días los asignaron a una familia con la cual debían vivir pagando su manutención mediante la prestación de servicios como jardineros, mozos, zapateros, sastres, etcétera. En general las memorias hablan bien, y a veces con agradecimiento, de sus custodios. Constituyen una fuente excelente para conocer las costumbres de los pequeños pueblos de la época y de la región.

Después de Tacámbaro

Unos días después de la batalla de Tacámbaro los republicanos prendieron fuego a Zitácuaro. El general imperialista Ramón Mendez arribó con sus fuerzas al día siguiente y juntos, mexicanos y belgas, atacaron a los republicanos en Tiritipitío y en Laureles. El capitán Dosogne dejó la descripción de los avatares en un relato verdaderamente interesante por sus múltiples detalles. Fue de regreso, en Morelia, donde se enteraron de la tragedia de Tacámbaro. Dosogne dejó escrito el testimonio de la sed de venganza que se apoderó del regimiento belga, porque, como escribió, después de esa batalla “el nombre de belga era pronunciado con ironía por los mexicanos y con jactancia por los franceses”.²⁶ Además, en vez de reconocer su falta de pericia, los hombres bajo Van der Smissen entraron en discusiones para culpar del desastre al general Poiter y los suyos.

La noticia de la batalla llegó a Bélgica a través de Felix Eloin, el belga que servía como secretario de estado de Maximiliano. El 28 de mayo se publicó en los principales periódicos. Inmediatamente el gabinete del rey reaccionó con temor ante las noticias ¿Qué hacía el regimiento de la emperatriz en la campaña militar? Los Estados Unidos podrían negarles la neutralidad en caso de una guerra entre la potencia americana y Francia.²⁷ En Bélgica la noticia de la pérdida de Tacámbaro causó una consternación desproporcionada, en realidad había sido una pequeña batalla en un lugar insignificante, pero el público la tomó como una ofensa al honor nacional. Quizá fue porque Bélgica hacía años que no partici-

paba en una guerra, o quizá fue por creerse superiores, pues pensaban que su servicio en México era una tarea civilizadora y sintieron grande el golpe de su derrota a manos de soldados considerados inferiores. Sin embargo, los periódicos se encargaron de levantar la moral de sus compatriotas al repetir incesantemente que la derrota se debía al hecho de que 250 belgas habían combatido contra 3,000 mexicanos.²⁸

En cuanto al ejército republicano, el triunfo de Tacámbaro se sumó a las otras victorias obtenidas. A excepción del escrito de Eduardo Ruiz, contemporáneo de los hechos, Tacámbaro fue descrita someramente como cualquier otra batalla. La emperatriz, en cambio, tomó la derrota como una tragedia personal por haberlos dejado ir a la campaña de Michoacán. Pidió a Maximiliano que se erigiera un pequeño monumento en honor de los caídos, que parece haber estado ahí unos años. A los cautivos, Carlota les envió diez mil francos para su manutención. Las tumbas de los soldados belgas de otros batallones, que aun hoy se pueden visitar, están en el panteón francés de La Piedad, al sur de la ciudad de México.²⁹

Después del 11 de abril de 1865 el regimiento de la emperatriz se vio reducido. Además de los fallecidos por la tifoidea, en la batalla murieron 10 oficiales y 22 soldados. En cuanto al batallón llamado “Rey de los belgas”, su número se vio bastante mermado porque los 203 prisioneros le pertenecían.

La Loma

El regimiento pidió y obtuvo la oportunidad de volver a luchar, de ahí que el 20 de junio una columna compuesta de 350 belgas y 730 mexicanos imperialistas salió de Morelia a las órdenes de Van der Smissen hacia Tacámbaro, donde los republicanos habían colocado su estado mayor. En el camino, el 21 de junio, supieron que el general José María Arteaga se había apoderado de Uruapan y pasado por las armas al coronel francés Eugène Lemus y al prefecto político Paz Gutiérrez.

Tres semanas después, el 16 de julio, las fuerzas belgas entraron a Tacámbaro, que fungía co-

mo el cuartel general del general Régules. Fue entonces cuando tuvo lugar la batalla llamada de la Loma, a las afueras del pueblo, de la cual salieron victoriosos los batallones belgas. Éstos hicieron 150 prisioneros y se apoderaron de 400 fusiles, 50 mulas, cajas de municiones y todo el parque de la artillería. Según Dosogne y Loiseau el ejército republicano constaba de 4,000 hombres. Se apresuraron a enviar noticias detalladas de La Loma a Bruselas con la intención de recuperar su honor.

Morelia

Regresaron triunfantes a Morelia, donde según las fuentes belgas fueron aclamados por los morelianos. Dosogne escribió que al entrar a Morelia "las campanas de la antigua catedral sonaron al vuelo y llenaron el aire con sus alegres vibraciones para celebrar la victoria de los hijos de Bélgica".³⁰ Casi tres meses se quedaron los belgas en Morelia disfrutando en una paz vigilante los frutos de su victoria.

Durante ese tiempo los generales republicanos, Arteaga y Régules, se dedicaron a organizar un nuevo regimiento de tres mil hombres. Regresaron a Morelia el 13 de octubre de 1865 a las cuatro de la tarde justo cuando todos los imperialistas, mexicanos y belgas, descansaban o paseaban. Su entrada en la ciudad se debió a un supuesto error del vigía: el comandante belga le había mandado avisar que esperaba un contingente de soldados mexicanos, por lo que se le ordenó que los dejara entrar a la ciudad. El vigía los confundió y dejó pasar a los mexicanos ¡pero republicanos! Finalmente fueron expulsados de Morelia y las tropas belga-mexicanas se dedicaron a resguardar las entradas.

Mientras tanto, el emperador había proclamado un decreto que ordenaba fusilar a cualquier enemigo que se encontrara portando armas.³¹ Sin embargo, Dosogne explica que el decreto especificaba que la fecha para ponerlo en efecto sería el 15 de octubre, por lo que el fusilamiento del general Arteaga fue claramente motivado por la sed de venganza del general Méndez.³² Los belgas temblaron pensando que sus camaradas

prisioneros en Huetámo serían fusilados. Cuando éstos se enteraron del fusilamiento del general Arteaga mandaron una nota al emperador:

Octubre de 1865

Señor, acabamos de saber, con horror y consternación el acto cometido por el general Méndez, que con violación al derecho de gentes ha hecho fusilar a varios oficiales del ejército liberal, sus prisioneros. En todos los países civilizados se respeta la vida de los prisioneros de guerra. El ejército liberal se ha mostrado mucho más celoso del respeto a la ley que los *condottieri* de vuestras huestes; nosotros también somos prisioneros de guerra y hemos sido respetados desde el general al soldado.

Si no estuviéramos en poder de un ejército republicano, el acto del coronel Méndez podría provocar una sangrienta represalia, y nosotros belgas que hemos venido a México únicamente por servir de escolta a nuestra princesa, hubiéramos expiado con nuestra sangre el delito de un hombre. Esperamos señor que este acto de barbarie no quedará impune, y que en lo sucesivo haréis respetar la ley consagrada por el derecho de gentes. Nosotros protestamos con el más intenso fervor contra ese acto indigno y confiamos que el nombre belga no se mezclará por mucho tiempo en esta guerra inícuca. Breur, Guyot, Flachet, Von Hollenbek, y otros doscientos.³³

Por tal motivo dos semanas después el general Méndez pidió a Van der Smissen cuatro compañías de granaderos (160 hombres) para rescatarlos. El contingente pasó por Pueréndiro y Moreleón y llegó a Pátzcuaro, donde se quedó durante veinte días. Allí los belgas celebraron el aniversario de su rey Leopoldo sin saber que éste había muerto unos días antes, y ahí se prepararon para el rescate.

Pátzcuaro

El pueblo de Pátzcuaro, a pocos kilómetros de Morelia, fungió como lugar de descanso para las

tropas belgas a través de toda su estancia en México. Tomado originalmente por las tropas francesas, pasó a manos belgas cuando los primeros les dejaron Michoacán. Aunque las memorias de los oficiales difieren en sus puntos de vista todas concuerdan en describir Pátzcuaro casi como un lugar paradisíaco donde, Dosogne informa, hubo varios casamientos “en secreto” de soldados belgas con lugareñas. La ceremonia así llamada tenía lugar en la sacristía con sólo uno o dos testigos, sin que los padres de la novia fueran requeridos, y con el único requisito de que ambos novios aseguraran ser solteros.³⁴

Fue en ese pueblo donde los belgas recibieron la noticia de la libertad de sus compañeros en cautiverio desde la batalla de Tacámbaro. En el ínterin los gobiernos republicano e imperial habían logrado un acuerdo para el intercambio de prisioneros que tuvo lugar en Cuitzeo.

En campaña hacia el norte

Al buscar una explicación de la razón por la que el regimiento belga fue enviado al norte, la encontramos en el relato de uno de los soldados apellidado Noirsain. Nos cuenta que cuando el batallón francés del general Potier se retiró de Michoacán, el ministro de guerra de Maximiliano ordenó que las tropas belgas y las imperialistas mexicanas quedaran bajo las órdenes del general Ramón Méndez, lo que, comenta Noirsain, los belgas consideraron una orden humillante pues dado que Méndez era indio, “esa manera de actuar ponía a los belgas en el mismo plano que los indígenas, o sea en una situación de inferioridad con las demás tropas europeas”. Informa que el coronel Van der Smissen y sus oficiales no se dejaron, “Y defendieron, como debían, el honor de nuestro regimiento”.³⁵ El mismo coronel dejó escrito que él no podía obedecer a alguien que había sido sastre cuando él, Van der Smissen, tenía la Legión de Honor. La situación causó tal conflicto que el mismo emperador mandó llamarlo para darle una explicación y pedirle que escogiera su nueva misión. El regimiento de la emperatriz Carlota salió para Monterrey el 26 de agosto de 1865. Ahí estuvo a las órdenes del

general francés Felix Douay, con el que participó en varias expediciones.³⁶

A su vez, Dosogne y su compañía obedecieron las órdenes del capitán Loiseau, quien a principios de 1866 los envió a Guanajuato y de ahí a San Luis Potosí donde se unieron a la tropa del general francés Félix Douay. Estuvieron ahí escasos días y el 23 de febrero de 1866 salieron para Monterrey después de atravesar el enorme desierto donde casi murieron de sed. Dosogne nos cuenta que a todo soldado se le daban dos litros de agua para proveer todas sus necesidades: beber, lavarse, hervir sus alimentos, etcétera. Pasaron por Agua Nueva, Saltillo y Santa Catarina, la misma ruta del ejército del general Zachary Taylor, veinte años antes, durante la guerra entre México y Estados Unidos!

Monterrey

Durante su estancia en Monterrey, a la que Dosogne calificó como “distinguida entre las demás ciudades por la bondad y cortesía de sus habitantes”, dejó escrito que el general Mariano Escobedo había logrado la desertión de varios soldados belgas mediante ofertas de dinero y medios para viajar a Estados Unidos.³⁷

El 15 de abril de 1866 Van der Smissen, encargado de la defensa de Monterrey, decidió atacar el pueblo de Marín donde se encontraba tropa republicana que se preparaba para actuar. Lo imprevisto del ataque causó la fuga de los republicanos, quienes dejaron un gran número de caballos y de armas. Como resultado se formó la primera y única compañía montada belga que subsistió hasta que fueron repatriados en diciembre de 1866. La batalla, que no se dio, fue considerada por los belgas como una victoria.

Charco Redondo

El 7 de junio de 1866 tres columnas salieron de Monterrey hacia Matamoros. La columna belga estaba formada por 500 soldados a las órdenes de Van der Smissen. Todos iban al encuentro del

general Tomás Mejía, que llevaba un convoy de mercancías y de dinero hacia Monterrey. Por órdenes de Van der Smissen los capitanes Loiseau y Louis Van der Straten salieron con sus compañías para el pueblo de Charco Redondo, buscando maíz para los caballos y mulas. En el momento de regresar a su campo en Cerralvo fueron atacados por varios escuadrones de caballería republicana. Loiseau ordenó subir al monte a la izquierda del pueblo donde se había quedado la compañía montada de 49 hombres de Van der Straten. Ahí sostuvieron el choque de las fuerzas republicanas hasta recibir refuerzos de los hombres de Van der Straten. En el momento de su llegada, el enemigo abandonó la lucha, por lo que la historiografía belga la consideró también una victoria.³⁸

El 26 de julio Monterrey fue evacuado, puesto que Francia había decidido abandonar la causa de Maximiliano y retirar sus efectivos progresivamente. Desde el inicio de las negociaciones entre Napoleón III y Maximiliano se había convenido en que este último debía organizar un ejército imperial que con la ayuda de la Legión Extranjera se encargara de la defensa del Imperio. Al final de la guerra civil norteamericana Estados Unidos empezó a presionar a Napoleón para que éste retirara sus tropas. Fue después de Charco Redondo cuando los belgas se encontraron con la noticia de la posible abdicación del emperador. También supieron que la mayoría de sus oficiales regresaría a Bélgica porque el permiso del ejército belga caducaría a los dos años de campaña. Sumado a lo anterior había noticias acerca de la posible disminución de sueldos dada la crisis económica del Imperio.³⁹

Circulaban rumores de que el general Bazaine tenía la intención de agregar a los soldados belgas a la Legión Extranjera. La idea ofendió a los belgas, que se consideraban un cuerpo especial llegado voluntariamente a proteger a su princesa. Consideraban a los soldados de la Legión Extranjera como ex ladrones, fraudulentos y penderos. El rumor logró la desertión de treinta voluntarios y la casi rebelión de los demás. Sólo la promesa de Van der Smissen de conservar sus sueldos y defender sus derechos logró calmarlos.⁴⁰

Varias semanas después, el 26 de julio de 1866, recibieron órdenes de que todas las tropas imperiales debían regresar a la ciudad de México. A la altura de Matehuala, en el pueblo de Venado, la mayoría de los oficiales belgas salieron para Saltillo y de ahí a Veracruz. Como ya se ha dicho sus dos años de servicio habían terminado. La tropa quedó al mando del coronel Van der Smissen y oficiales recién nombrados. A pesar de estar apesadumbrados y arrastrando a sus enfermos pasaron por Querétaro y llegaron a Tula el 24 de septiembre de 1866. Ahí, el coronel Van der Smissen recibió aviso de que el general republicano Joaquín Martínez se había apoderado de Ixmiquilpan, reducto francés hasta ese momento. El coronel decidió acudir con sus mejores tropas. Fue D.E. Noirsain quien nos dejó el relato del encuentro en Ixmiquilpan, donde fue combatiente.⁴¹ Van der Smissen también tiene el relato, lo mismo que Loiseau, aunque más reducido. He aquí la reseña:

Se sabía que Martínez contaba con 800 hombres y dos cañones. Los belgas decidieron viajar de noche. A las ocho de la mañana de finales de septiembre de 1866 llegaron con 340 hombres a Ixmiquilpan. El pueblo estaba protegido por varias barricadas y las dos piezas de artillería. Como el fuego era fuerte muchos soldados se iban quedando entre heridos o muertos. Noirsain nos dice que los belgas perdieron once oficiales y cuarenta y cuatro soldados mientras que casi 300 fueron heridos. Cuenta cómo no sólo combatía el ejército republicano sino todo el pueblo, inclusive sus mujeres. Cuando Van der Smissen calculó la fuerza enemiga mandó tocar a retiro y el regreso a Tula se efectuó en medio de un gran desorden.⁴²

Tulancingo

Dejando a los soldados en Tula bajo las órdenes del mayor Visart, el coronel Van der Smissen viajó a la capital para tener una conferencia con Maximiliano. Como no fue recibido, el coronel le envió una de sus últimas cartas, siempre fatuas, prometiéndole una gran victoria si le dejaba pedir la ayuda del arzobispo para reclutar diez mil

hombres, algo muy posible, escribió, porque “el fanatismo religioso del pueblo mexicano es inmenso”. Por cierto, la carta no fue publicada en sus memorias, fue Duchesne quien la descubrió en los Archivos de Viena y la publicó en su libro sobre la expedición belga a México.⁴³

En vez del permiso, recibió órdenes del general Bazaine de marchar a Tulancingo a reemplazar a la guarnición austríaca del coronel Polak. En su papel de nuevo comandante militar, Van der Smissen llegó el 13 de noviembre de 1866 a esa plaza con sus 900 hombres y 800 soldados imperialistas. Instalados en las barracas, esperaron la llegada del enemigo que se presentó once horas después. Se supo que eran los seis mil soldados del general Joaquín Martínez con los que ya se habían encontrado en Ixmiquilpan y ante quienes habían decidido retirarse. En tal situación el coronel belga envió un mensaje a las tropas austríacas del coronel Polak pidiéndoles ayuda. La contestación fue negativa con la explicación de que habían sufrido tantas pérdidas que el regimiento estaba a punto de desaparecer. Duchesne informa que encontró otra misiva del coronel, la que envió al encargado de negocios belga con residencia en la ciudad de México. Era tal su desesperación que le pidió suplicara al mariscal Bazaine el envío de una columna de soldados franceses isin la que los belgas serían deshechos!⁴⁴ A la segunda negativa, no quedó otro remedio que reforzar la fortificación de Tulancingo. Es interesante anotar que, según el coronel, la población agradeció los cuidados para resguardarla y no tuvo empacho alguno en ayudar económicamente para pagar la manutención de las tropas: “Los fondos necesarios para la legión belga se cubrieron con facilidad pues los negociantes aceptaron con placer, los pagarés firmados con el aval del tesoro francés.”⁴⁵

Mientras tanto, tuvo lugar un curioso incidente: el coronel republicano, Braulio Picazo, mandó llamar al príncipe de Salm-Salm, quien era miembro del regimiento belga en ese momento, para ofrecerle dinero en caso de que convenciera al coronel Van der Smissen de abandonar Tulancingo. El príncipe cuenta en sus memorias que al rechazar la oferta Picazo amenazó atacar el pueblo con diez mil soldados.⁴⁶

Llevaban los belgas un mes en el lugar cuando, el 19 de diciembre, les llegaron noticias de que el 6 del mismo mes Maximiliano había firmado un decreto disolviendo tanto al regimiento belga como al austríaco:

Oficiales, suboficiales y soldados del Cuerpo austro-belgas.

La memoria de los servicios que habéis rendido a mi Gobierno con una fidelidad a toda prueba estará para siempre grabada en mi memoria.

Los grandes hechos de armas que habéis llevado a cabo, enriquecerán los anales militares de vuestros países, es con una sincera satisfacción que constato vuestra dignidad militar y vuestra honestidad que os ha hecho ganar el aprecio de todos los mexicanos.

Al daros las gracias por vuestros brillantes y leales servicios, les anuncio que mi Gobierno ha decidido proceder a la disolución del Cuerpo de voluntarios austro-belgas en su calidad de cuerpo separado del ejército nacional.

En consecuencia, y de acuerdo con mis ministros, todos los oficiales, suboficiales y soldados son libres de repatriarse o de pasar al servicio del ejército nacional.

Maximiliano, Orizaba, 6 de diciembre de 1866.⁴⁷

Van der Smissen escribió en sus memorias que un indígena que llevaba fruta y verdura para el regimiento le ofreció lo que parecía ser un cigarro pero que probó ser un mensaje del general francés, Osmont. En él le informó que se había tomado la resolución de ayudarlo a evacuar Tulancingo. Una columna comandada por el coronel Auguste Saussier iría a Tizayuca, de ahí a Venta de la Cruz y finalmente a Zinguilucan, donde esperaría al regimiento belga para escoltarlo hasta Río Frío y San Martín. Le pidió ponerse en comunicación con el general republicano Joaquín Martínez, para que éste tomara inmediata posesión de Tulancingo con el fin de salvar al pueblo del pillaje que cometerían las numerosas bandas de ladrones que lo circunda-

ban. El comportamiento del pueblo durante la ocupación había sido de tal manera ejemplar que merecía esa consideración.⁴⁸ ¡Ya para entonces se sabía que republicanos y franceses se entendían para transferirse guarniciones!

Mientras tanto Maximiliano pactó con los franceses que éstos se encargarían de la repatriación tanto de belgas como de austríacos. Fue en esas fechas que los generales Tomás Mejía y Miguel Miramón regresaron a México y disuadieron al emperador de abdicar. Sin embargo, Van der Smissen dejó la lista de las poblaciones perdidas por el Imperio: Jalapa el 11 de noviembre, el 14 Mazatlán, el 17 Durango, Zacatecas el 26. En diciembre, Guadalajara cayó el día 12 y San Luis Potosí el 23.⁴⁹

El regimiento belga recibió órdenes adicionales del mariscal Bazaine de quedarse en Buena Vista hasta el 5 de enero de 1867 cuando una columna francesa los acompañaría a Puebla. Se le dijo expresamente a Van der Smissen que no cometiera ni imprudencias ni excursiones, icon lo que obviamente se referían a la infortunada excursión a Ixmiquilpan!⁵⁰

Después de pasar unos días en Buena Vista

recibieron órdenes adicionales de trasladarse a la Venta de Córdoba con el fin de proteger la entrada del emperador a la capital. Ahí se formaron las tropas para rendir honores. Van der Smissen pidió audiencia para suplicar a Maximiliano el retiro del decreto de licencia. En vano le hizo ver que los 3,500 hombres de ambos regimientos le serían de utilidad en la continuación de la guerra.⁵¹ Fue su último encuentro.

Por Río Frío el regimiento belga se dirigió hacia Puebla en su camino hacia Veracruz, donde se embarcaron el 20 de enero de 1867. Habían estado en México exactamente dos años y un mes. Su participación en la intervención fue, como hemos visto, de poca importancia. Sin embargo, para ellos fue una experiencia inolvidable, quizá por ser la primera vez que salían a combatir al exterior.

Sus diarios así lo atestiguan; para la historiografía de la época son invaluable dado los innumerables datos socioeconómicos que registraron y por el cariño que, año con año, testimoniaron a México. Se autonombraron "belgas-mexicanos" y conmemoraron su estancia hasta 1932, fecha de la muerte del último de los combatientes.⁵²

Notas

¹ Albert Duchesne, *L'expédition des volontaires belges au Mexique 1864-1867*, 1a. parte, Bruselas, Musée Royal de l'Armée, 1968, p. 137.

² Los autores, aun los contemporáneos, escriben el apellido del coronel ya sea como Van der Smissen o Van der Smissen. He optado por la primera manera por ser la que utilizó en sus memorias. En cuanto a los personajes citados generalmente sólo daré su primer nombre la primera vez que se citan.

³ Duchesne, *op. cit.*, p. 153.

⁴ Eugène N. Dosogne, *Histoire de l'expédition belge au Mexique*, Termonde, Schepper-phillips, 1874, p. 1.

⁵ Albert Duchesne, *Il y a un siècle. Quand les volontaires belges se préparèrent à gagner Mexico*, 1864, folleto publicado en Bruselas por el Museo Real de la Armada Belga, 1964, p. 92.

⁶ *Ibid.*, p. 300.

⁷ Mantegazza, "Medié Sula meridional", traducido como "Code d'hygiène du Corps Belge Mexicain", Bruselas, s.c.e. 1864.

⁸ Citado por Duchesne, *L'expédition...*, *op. cit.*, pp. 223-225.

⁹ Emile Walton, *Souvenirs d'un officier belge au Mexique*, Bruselas, Ch. Tanera ed., 1868, p. 15.

¹⁰ Duchesne, *Il y a...*, *op. cit.*, p. 215.

¹¹ *Ibid.*, p. 318.

¹² Citado por Duchesne en *ibid.*, p. 321.

¹³ Alfred Van der Smissen, *Souvenirs du Mexique 1864-1867*, Bruselas, J. Lebegue y Cie., 1892, p. 63.

¹⁴ Duchesne, *L'expédition...*, *op. cit.*, p. 217.

¹⁵ Van der Smissen, *op. cit.*, p. 65.

¹⁶ Capitaine Loiseau, *Le Mexique et la légion belge*, Bruselas, Imprimerie de J. de Cocq, 1870.

¹⁷ Dosogne, *op. cit.*, p. 358.

¹⁸ *Ibid.*, p. 360.

¹⁹ Eduardo Ruiz, *Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán*, Morelia, Balsal Editores, 1986, p. 356.

²⁰ Citado en *ibid.*, pp. 356-357.

²¹ *Ibid.*, p. 359.

²² *Ibid.*, pp. 12-14.

²³ *Ibid.*, p. 28.

²⁴ Dosogne, *op. cit.*, p. 371.

²⁵ Citado por Duchesne, *L'Expédition...*, *op. cit.*, p. 376.

- ²⁶ Dosogne, *op. cit.*, p. 150.
²⁷ Duchesne, *L'Expedition...*, *op. cit.*, p. 416.
²⁸ *Ibid.*, p. 430.
²⁹ *Ibid.*, p. 438.
³⁰ Dosogne, *op. cit.*, p. 158.
³¹ Vicente Riva Palacio (ed.), *México a través de los siglos*, vol. V, México, Editorial Cumbres, 1977, p. 726.
³² Dosogne, *op. cit.*, p. 163.
³³ Riva Palacio, *op. cit.*, p. 735.
³⁴ Dosogne, *op. cit.*, p. 165.
³⁵ D.E. Noirsan, *Un souvenir de la expedition belge*, Bruselas, Ed. L'Avenir, 1871, p. 4.
³⁶ Van der Smissen, *op. cit.*, pp. 99-100.
³⁷ Dosogne, *op. cit.*, p. 175.
³⁸ Loiseau, *op. cit.*, pp. 302-304.
³⁹ Dosogne, *op. cit.*, p. 179. Mencionado por todos los autores.
⁴⁰ *Ibid.*, p. 180.
⁴¹ D.E. Noirsain, *op. cit.*

- ⁴² *Ibid.*, pp. 14-18.
⁴³ Duchesne, *L'Expedition...*, *op. cit.*, p. 585.
⁴⁴ *Ibid.*, p. 588.
⁴⁵ Van der Smissen, *op. cit.*, p. 200.
⁴⁶ Citado por Duchesne, *L'Expedition...*, *op. cit.*, p. 590.
⁴⁷ Citada por Van der Smissen, *op. cit.*, p. 213. Traducida por la autora.
⁴⁸ *Ibid.*, p. 203.
⁴⁹ *Ibid.*, p. 214.
⁵⁰ *Ibid.*, p. 216.
⁵¹ *Ibid.*, p. 220.
⁵² Como última nota quiero dar cuenta a los lectores que en el acervo de la Biblioteca Bernardo Quintana, de la Universidad Autónoma de Querétaro, se encuentran las fotocopias de 15 diarios y memorias de los oficiales belgas, fotocopiadas con el permiso del Centro de Documentación del Museo de la Real Armada de Bélgica (en Bruselas) lo mismo que documentos relacionados con la Expedición.



